

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— VII —

A Plaka fui acompañado de Costantinos Tsirópulos. Como me lo había prometido Julia Iatridis, me buscó en el hotel y me invitó para la cena. Es muy joven, no puede tener más de treinta años. Me habla con exaltación de su amistad con Pendelís Prevelakis y de sus trabajos con la literatura española. Nuestro idioma lo habla con toda corrección. Es un funcionario del arzobispado ortodoxo de Atenas y dirige al tiempo una colección de publicaciones en la que se presentan escritores nuevos de Grecia. Su principal interés cultural e histórico está fijado en Bizancio.

Cuando lo oigo discurrir con tanto apasionamiento sobre las glorias bizantinas de Grecia, empiezo a comprender *en vivo* la existencia de una serie de capas culturales de inmenso poder, que en esta tierra han ido superponiéndose a lo largo de los siglos. “Quienes nos visitan solo ven las ruinas antiguas, *las muy antiguas*, y pasan sin atender el testimonio de siglos más recientes. En su programa no está la visita a Tesalónica, por ejemplo. Y es muy probable que no se haya interesado por la Iglesia Ortodoxa, nuestra Iglesia, la Iglesia que nos ha formado, y la que dirige nuestro pensamiento con más fuerza que los filósofos y que los poetas griegos de la antigüedad. Ellos están tan remotos en el tiempo para nosotros como para el resto de occidente. Usted, es igualmente heredero, —diadoco como decimos en griego— de nuestra cultura, como lo son mis compatriotas en este tiempo. E igual que ustedes, tenemos que apelar a Jaeger o a Curtius para entender nuestra historia”.

Lo escucho con asombro mientras paseamos por otro pasado, por otra antigüedad, por el diminuto mundo de las viejas casas de Plaka que pertenece al tiempo de la ocupación turca. Las calles son estrechas, algunas formadas por escalinatas que llegan a las estribaciones de la Acrópolis, y se pierden en casuchas destartadas en la parte más alta. Es como un sueño, como un viaje intemporal, en donde el corazón apenas si resiste los pasos gigantescos, que nos conducen a los más lejanos estadios de la historia. A lado y lado de las calles hay tabernas —*taberna* es el nombre genérico que tienen los restaurantes y los cafetines y los lugares un tanto vedados— en las esquinas, a cada paso. Se escuchan distantes los sonos de una canción, las notas de los acordeones, del buzukya. Las calles hierven de turistas y de atenienses.

— 1981 —

En jarros de cobre nos sirven la resina que ha ordenado Costantinos. Este vino perfumado me embriaga súbitamente. Ordeno otro y otro jarro, ante la preocupación muy discreta de mi acompañante. Consumimos hojas de parra rellenas de carne molida como de costumbre y el inevitable café turco, espeso y dulce. Después, otro jarro de resina. El ambiente de la semioscuridad me transtorna. Y hay algo irreal en las palabras.

Pienso que mi verosimilitud no se encuentra en las posibilidades que ofrece el diálogo. Algo desborda dentro de mí y me proyecta hacia imprevisibles direcciones. A mi espalda se encuentra el oscuro perfil del Partenón, y Costantinos continúa imperturbable su discurso sobre las glorias bizantinas; en frente, discurren parejas alejadas de la tierra, de la muerte, de los dioses. La música... Quisiera asociar *exteriormente* este pueblo del sur de Europa con los tiempos antiguos. El tiempo que vive Costantinos es distinto del tiempo histórico que cruza por mi mente como una alucinación cinematográfica: escueto, carente de colores, detenido en escorzos, en máscaras, en objetos de arcilla extravagantes, en páginas que revive la memoria con facilidad inmotivada. Y este vórtice de gentes, que pasan como sostenidos por los fragmentos de una canción, que se insinúa en los pasadizos de la noche. La atención se fija en varios planos iridescentes, en varios tiempos, y la realidad se me propone bajo el lente de mágicos sofismas y bajo este sistemático desarreglo que me insinúa la resina. "Los dioses se han ido...". El verso surge claro, como un animal doméstico, en el fondo de la mente. Empiezo a soñar en lo que podría ser un poema sobre la experiencia que estoy viviendo.

Dialogamos al aire libre. Dentro de la taberna a la cual pertenecen nuestras mesas se han formado grupos de hombres que abrazados en tríos, siguen los movimientos de la música. Los conjuntos se trasladan rítmicamente de un lado a otro, en forma pausada, como si fuera necesario contener la alegría. Es una danza, en sentido oriental, sostenida con el puro movimiento, en la que el contenido sexual solo se distingue muy oscuramente. A veces, me parece que no es auténtico lo que hacen y que todo no es más que un fondo para fascinar a los turistas.

Regresamos bajo un cielo endurecido de nubes bajas.

Kirios Kristidis que es el jefe de relaciones culturales en el Ministerio de Educación me ha recibido en su oficina oficialmente. Le he sido presentado por la Unesco y me atiende con la cortesía usual. Me presenta un programa que le parece muy interesante, con viajes a distintos puntos de la península y a las Cícladas. Nos entendemos en un francés lento. Trato de entablar una conversación "cultural" sin éxito de ninguna clase. Me regala un libro de Sikélianos y en lo relativo a las relaciones con los intelectuales, me dice que ya está arreglada, con fecha y hora, una recepción en el "Foyer des écrivants de la Grèce". Y es todo. Al final de mi permanencia en su país regresaré para darle mis agradecimientos por todos los arreglos que hizo en mi favor, y por sus cartas de presentación para los directores de los museos, para las oficinas de turismo, etc.

En el ministerio conocí también a Stelios Xefludas que me presentaron como uno de los novelistas griegos conocidos en el momento. Es un hombrecillo regordete con cierto aire angelical en sus rosadas mejillas. Me

dice que es uno "de los cinco". "Comprende, hay cinco nombres importantes en la literatura griega contemporánea y yo estoy entre ellos". Al preguntarle, más tarde, a Aris Diktaeos sobre la calidad de sus producciones, me dijo con su maldito genio venenoso: "Es una especie de Virginia Woolf con un lirismo trasnochado".

Xefludas me atiende todas las veces en el ministerio con sus melosas maneras que me hacen sentir un poco ridículo, brusco, ordinario. En uno de nuestros fugaces encuentros me ofrece un folleto: "Le Roman Neohe-lénique". "Este estudio tiene por objeto dar una breve imagen de la evolución de la novela griega moderna y de presentar los autores que han escrito novelas u obras narrativas de cierta extensión". Dice en las primeras líneas de su trabajo. Su escrito arranca desde el siglo XIX con Esteban Xemos (1821-1894) quien, al parecer, escribió novelas históricas a la manera de Walter Scott. Luego nos habla sobre autores que se dedicaron a los "estrechos límites" de la descripción de las costumbres, influenciados por Dickens, por Wilde, por Zola, por Dostoyeski, etc. Hay nombres, entre los novelistas que nos cita, hermosos, evocadores... Juan Kondylakis, Emmanuel Yycudis, Alejandro Moraiditis, Miguel Mitsakis, Pablo Nirvanas, Arguiris Eftaliotis, Kristos Kristovassilis, Platon Rodocanakis... y llega a la más nueva literatura "en la que encontramos todas las técnicas y todos los géneros de la novela: la novela cosmopolita, la novela-río, el monólogo interior, y manifestaciones emparentadas con Proust, Woolf, Gide, Joyce, Kafka, Sartre. De ellos recibimos las mismas inquietudes y aspiraciones que las literaturas extranjeras".

El libro de Stelios Sykélianos que obsequiara Kristidis en el ministerio me sirve de compañero esta noche. Leo en la primera página unas palabras estremecedoras que Paul Eluard dirigió al poeta griego con motivo de la aparición en 1944 de la traducción francesa de Octavio Merlier: "En plena ocupación, en Francia, en la noche extrema contra la cual combatimos, nos fue suficiente leer vuestros "Poemas akríticos" para darnos cuenta de que un gran poeta había sabido, —y empleo uno de vuestros versos—, dar una voz a la "noche", a nuestra noche. Una voz antigua hablaba por todos nosotros (...) conmovedora continuidad del helenismo a lo largo de tres milenios. Canciones populares, poesía de himnos ortodoxos y de la epopeya bizantina, poesía del cristianismo primitivo y de los Setenta, poesía de un Píndaro, de un Esquilo, de un Homero, pero también el sentimiento religioso que nos hace sentir la actualidad de los dioses del Olimpo y de las religiones misteriosas tanto como los mitos de Adonis y de Cristo. Algo que tan solo Grecia podía dar, es lo que nos ofreceis, querido Sikélianos, mostrándonos, más que a un poeta, a un hombre, en toda fuerza del término, maestro del tiempo, de la claridad y de todos los misterios, maestro de su forma y de su contenido, maestro de su lugar en el mundo, hombre de una civilización absoluta".

Sikélianos es una revelación deslumbrante. Leo, releo y traduzco esta versión francesa hecha con devoción y con apasionamiento; llevada a cabo en un momento en que la más terrible máquina de guerra que Europa conoció en el siglo, desataba sus furores sobre la vieja madre de nuestra cultura.

JURAMENTO SOBRE LA ESTIGIA

*Sí, yo habría podido ser una de aquellas águilas migratorias
que pueden, en una sola primavera,
recorrer de un vuelo la India, Egipto y Grecia;
Sí, mis pasos habrían podido ser un día
como aquellos del marino que, por haber bogado mucho tiempo sobre el
oceano
siente todavía bajo sus pies las ondas gigantescas;*

*Sí, yo habría podido a veces,
sintiendo que a mi espalda el cuervo del Aqueronte
se lanzaba aleteante sobre mi cuerpo para tomarlo,
prepararme, reunido en mí mismo,
para lanzarme mas allá del círculo cerrado
de todos los ritmos del mundo
y buscar mi destino en el fondo de las tinieblas
—tal es la parte entera del creador—.*

*Mas por qué había diferido por tanto tiempo el gran pasaje?
Pues bien, os lo digo, vosotros me habeis indicado el camino,
avanzando y danzando hacia el Erebo,
amados guerreros inmortales.*

*Cerca de vosotros
las tinieblas de la muerte son como la sombra
de un gran árbol, bajo el cual recostados
divisamos a Grecia, tal como la visteis en la hora
en que vuestros ojos se plegaban sobre este mundo,
un mundo que se hundía para que ella tuviera su aurora,
iluminada por el destello de vuestra alma.*

*Y yo estoy con vosotros,
oh muertos, hermanos míos,
hombres de la montaña, del mar, de la llanura
de las formas que hará la vida nueva, que vendrá
en la luz de vuestro sacrificio, hermanos míos!
Y, os lo digo una vez más, habría podido ser una de esas migratorias, águilas
que pueden, en una sola primavera,
recorrer de un vuelo la India, Egipto y Grecia;
Sí, mis pasos habrían podido ser un día
como aquellos del marino que, por haber bogado mucho tiempo sobre el
oceano
siente todavía bajo sus pies las ondas gigantescas;*

*Sí, yo habría podido a veces,
sintiendo que a mi espalda el cuervo del Aqueronte
se lanzaba aleteante sobre mi cuerpo para tomarlo,
reunir, todo lo que yo tenga de fuerza,
y lanzarme mas allá del círculo cerrado de todos los ritmos del mundo,
para buscar mi destino en el fondo de las tinieblas
—tal es la parte entera del creador—*

*Mas, os lo digo, ya no podría alejarme de vosotros.
No quiero, ni un instante, alejarme de vosotros.
Porque hice de mi corazón
un espacio, oh mis bravos, para que allí danceis.
Cierro mis párpados y os veo ante mí,
entrar uno a uno, tomados de la mano,
sobre la plaza misteriosa donde se danza la muerte;
y os miro, con los ojos cerrados,
y no llego, no llego a saciar mi sed de veros,
guerreros inmortales, hermanos míos,
danzar sin cesar la danza cléftica y el syrto
sobre mi corazón.*

*De vosotros ya no podría alejarme
si aún mi destino se escribiera
—tal es la parte entera del creador—
por todas las estrellas.*

*Dejo a vosotros aquí mi corazón
lugar secreto ofrecido a vuestra danza,
altiva pira de los muertos,
y a la vez jardín florecido y cementerio.
Y mientras que danzais en lo mas hondo de mi corazón
la danza cléftica y el syrto,
llegará la hora cuando en fin rompereis las ataduras,
de un golpe, en un raptó de alegría,
vuestro raptó,
de un golpe, en vuestra marcha ondulante, vuestra danza,
eterna danza de Grecia!*